

# SECH

AÑO I OCTUBRE DE 1937 N.º 6

Edición de la Universidad de Chile

*Sech.*

Mariano Picón Salas, *España desde lejos.*

Sady Zañartu, *Las primeras rebeliones.*

Luis Franco, *El escritor y el cuadrante.*

Enrique Espinoza, *Actitud ejemplar de  
Waldo Frank.*

Jean Guehenno, *La muerte inútil.*

B. Sanin Cano, *Las razones del fascismo.*

## HOMENAJE A GUILLERMO ENRIQUE HUDSON.

I. E., *Intención de este homenaje.*

Edward Garnett, *Una nota sobre el genio  
de Hudson.*

Tres páginas de Guillermo Enrique Hudson: *La caja de lata.—La invasión inglesa y el juego del pato.—Un viejo recuerdo.*

Luis Franco, *Presencia de Hudson.*

Manuqueo Espinosa, *Portales a los cien años de su muerte.*

Norberto Pinilla, *Iconografía literaria chilena.*

Benjamín Subercaseaux, *El escritor como profeta.*

*Hora de España.*

*Comisión del Directorio de la Sech.*

*Concursos.*

*Índice General.*

REVISTA DE LA  
SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

# Actitud ejemplar de Waldo Frank

POR

**Enrique Espinoza**

La toma de posición de Waldo Frank en la lucha social de nuestro tiempo como escritor revolucionario, data casi del principio de su asombrosa carrera artística. Desde luego, fué uno de los pocos jóvenes intelectuales norteamericanos que se opusieron a la intervención de los Estados Unidos en la guerra europea, tan decididamente que hubo de valerle la cárcel. El triunfo del proletariado en Rusia lo indujo más tarde a romper del todo con la burguesía de su país e interesarse por la suerte de las explotadas Repúblicas del Sur, desde México a la Argentina.

Su primer libro de historia interpretativa, *Nuestra América* (1919)—que por cierto contribuimos a poner en castellano—terminaba ya con estas palabras reveladoras: «En un mundo agonizante, creación significa revolución.» Los dos extraordinarios volúmenes que en torno del mismo asunto publicara, entre otros tan importantes como *España Virgen*, una década después, desarrollaron esta premisa fundamental en ambas direcciones hasta permitirle un planteo práctico del problema en *Aurora Rusa* (1932).

La Meditación sobre el Atlántico que corona dicha obra—una de las mejores que se han escrito acerca de la U.R.S.S.—enfoca precisamente su concepto de la realidad revolucionaria en un sentido creador. Con todo, Waldo Frank está lejos de dar allí una forma crítica definitiva a sus conclusiones. Por eso vuelve a iluminarlas en conjunto a través de su novela *The Death and Birth of David Markand*; y, fragmentariamente, en la última parte de su reciente colección de ensayos *In the American Jungle* (1925-36).

Vale la pena, sin embargo, recordar su diagnóstico del estado enfermizo de los Soviets, al término del primer plan quinquenal, antes de hacernos eco de su noble actitud frente a los inacabables procesos de Moscú.

Aunque le resulta muy difícil concebir en 1932 a los jóvenes rusos tolerando una oligarquía, Frank advierte, no obstante, síntomas de tal peligro en la absoluta centralización del poder, en la tendencia hacia el trabajo a destajo; en los privilegios económicos de las brigadas de choque; y en el acomodo de los funcionarios que empiezan a ser tildados de «burguesía soviética».

El argumento de que estos males son transitorios, afirma textualmente, sólo podrá contestarlo el tiempo.

Por lo pronto, admite que, de continuar el asedio de parte de los países capitalistas, el «estado de guerra» transitorio pudiera perpetuarse y la U.R.S.S. seguir gobernada por unos pocos hombres cuyo

poder extraordinario se «justificara» (son suyas también estas comillas) por las crisis; y con el mismo pretexto ejercida aún más la censura y reforzada la uniformidad en la vida intelectual y política.

En tal caso, concluye Frank en la página 248 de la edición original de *Aurora Rusa* con la que cotejamos el texto español, no exento de algunos dislates, la U.R.S.S. encontraríase cada vez más aislada intelectualmente y más apartada del ideal comunista. Porque, según explica a renglón seguido, sus críticos *at home* callarían para no dar gusto al enemigo; y, fijada la emergencia en Rusia, tendería a fijarse entre los pocos pensadores revolucionarios de los países capitalistas, en una posición defensiva, haciendo imposible el libre desarrollo del pensamiento revolucionario a causa del asedio burgués.

Salvo esta última explicación referente a los intelectuales, el diagnóstico de Waldo Frank no pudo ser más exacto. El tiempo, hasta donde podemos apreciarlo al término del segundo plan quinquenal, ha demostrado que aquellos síntomas de peligro, no eran, ay, pasajeros, confirmando *l'ardua sentenza* que, con el poeta, nuestro amigo dejara librada al mañana.

En cuanto al pensamiento revolucionario, propiamente dicho, la verdad es que los críticos marxistas, empezando por el mismo Trotsky cuya labor gigantesca en ese sentido no desconoce por cierto Waldo Frank, nunca han dejado de hacerse oír dentro y fuera de Rusia. Claro que algún viejo maestro romántico del tipo de Romain Rolland, *verbi gratia*, fiel a su antiguo ideal de no resistencia, termina en los últimos años por hacerse portavoz de la mitología oficial del gobierno soviético; y un novelista de la clase media como Lion Feuchtwanger, el autor del «Judío Süß», a quien exalta demasiado el éxito de su héroe por equivocación, se prosterna ahora lógicamente ante el icono de Moscú 1937, que, según sus propias palabras, empieza a sentirse Jesucristo... Pero en general, los auténticos pensadores revolucionarios, no pierden en ningún momento su independencia de juicio.

El mismo Frank no deja de reconocer la valiosa contribución del profesor Sidney Hook a la bibliografía marxista norteamericana y la importancia de órganos disidentes como *Modern Monthly* que dirige V. F. Calverton. Por su parte, no renuncia tampoco a la exposición de sus originales puntos de vista, primero, en su extraordinario ensayo de *New Republic* (1934) sobre la supervivencia del Judío (páginas admirables cuya exclusión de la Antología conmemorativa del vigésimo aniversario de esta revista no nos explicamos) y sucesivamente, en sus importantes discursos inaugurales en los Congresos de escritores de Nueva York, París y México.

De vuelta de México, precisamente donde como buen novelista dialoga con Trotsky para formarse una impresión directa del hombre sobre quien otros escritores y huéspedes de la misma ciudad sólo bus-

can «cosas pintorescas» por boca de ganso, Waldo Frank, profundamente conmovido por el Proceso de Moscú, asume la actitud ejemplar que motiva estas notas. Lo hace por medio de un simple comunicado a *New Republic*; pero de tanta trascendencia que la gran revista no puede menos que destacarlo entre los titulares de su portada.

Frank sostiene en forma concreta, 1.º que el Proceso de Moscú no ha sido explicado con suficiente claridad para convencer a cuantos deben ser convencidos dada la significación especial que Rusia tiene para todos los revolucionarios del mundo; 2.º que los acusadores de Trotsky aparecen como traidores, espías y asesinos convictos y confesos y éste condenado por el testimonio de *tales hombres*; y 3.º que no es posible olvidar que Trotsky es más que un mero individuo con los derechos inherentes a cualquiera. *As one of the leaders of 1905 and 1917, as Lenin's most conspicuous co-worker, as a brilliant internationally read Marxist writer, Trotsky has become a symbol.* (\*)

Por eso cuanto se refiere a los cargos que se hacen en torno de su personalidad, no admite confusión y precisa ser aclarado en interés de la misma Rusia. Al respecto, sin desconocer la integridad de John Dewey y demás miembros del Comité para la defensa de Trotsky reunido en la ciudad de México, Frank propone la formación de una Corte superior compuesta por abogados y jurisconsultos ajenos a la política revolucionaria; pero bajo los auspicios de la dos Internacionales obreras a fin de que tenga acceso a las pruebas del gobierno soviético y a las de los archivos de Trotsky.

Ahora bien, podemos estar en desacuerdo con uno u otro punto de esta proposición. El testimonio de un hombre como John Dewey puede parecernos más importante que el de cualquier «técnico» en Derecho Romano; y aún no aceptar la existencia de jueces íntegros, completamente ajenos a la política. También podemos ironizar a propósito de la situación de los directores de la Segunda Internacional acusados hace pocos años por los de la Tercera de casi los mismos crímenes «trotskystas». Lo que no podemos dejar de reconocer es la nobleza del impulso de Waldo Frank y las causas profundas que aduce en las conclusiones de su actitud verdaderamente ejemplar.

Un cisma muy serio amenaza, en efecto, al mundo revolucionario de hoy si las «verdades» subjetivas y emocionales de los rusos se convierten, como teme Frank, en mitos estratificados y se persigue con el epíteto de «trotskysta» a todo el que reclama un poco más de claridad en el Proceso de Moscú, por encima de las lealtades sectarias y los personalismos de cualquier orden.

En verdad, algo muy parecido sucedió ya una vez dentro del movimiento obrero y trajo la muerte de la Primera Internacional. Entonces Bakunin fué el chivo emisario... Se quiso ver en el gran re-

---

(\*) Véase la traducción de Emilia Prieto en el número 803 de «Repertorio Americano», y la rectificación de Waldo Frank en el número 812.

belde al culpable de todos los males. Pero la supervivencia del anarquismo ha demostrado el tremendo error de Marx, al hacerse cargo de las acusaciones contra su traductor ruso que no tenía que ser necesariamente un traidor...

Franz Mehring, a quien Rosa Luxemburgo veneraba como el albacea de la herencia filosófica que Marx atribuye al proletariado alemán y como el maestro que «con su pluma maravillosa ha enseñado a nuestros obreros que el socialismo no es, precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una concepción grande y soberana del mundo», dejando a un lado la leyenda oficial del Partido, establece la verdad histórica sobre este pleito en su monumental biografía de Marx contra todos los ataques de la «clerigalla marxista». (1)

Los escritores conscientes de su papel orientador en el campo revolucionario, no pueden en nuestros días proceder de otro modo. Atenerse a las leyendas cambiantes de la burocracia soviética es renunciar a la función primordial de la inteligencia. Waldo Frank nos brinda el comienzo de un ejemplo digno de ser seguido. Su alta autoridad moral se acrecentará aun más entre nosotros cuando nos ofrezca el ensayo que nos promete con las lecciones del trágico Proceso que atañe ya también a escritores profesionales de la talla de Boris Pilniak.

---

(1) «Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de la clerigalla marxista, consiste en dos cosas: primero en haber oído a los testigos bakuninianos y a los marxistas para exponer el pleito entre Bakunin y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber enfocado, cumpliendo con el deber que es por lo menos el de todo historiador marxista, la historia de la Internacional como una tragicomedia en la que un intrigante vil derriba a un héroe sin tacha, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso sólo puede explicarse por razones y concatenaciones históricas igualmente grandes.» Franz Mehring: «Carlos Marx», Páginas 566. Traducción de W. Roces. Editorial Cenit. Madrid, 1932.